

conque lo comenten tus negras pupilas
con la santa piedad de una lágrima!

Como todo, es solo
ráfaga de polvo que en el viento pasa...
¡Tal vez lleve alguna sangre de mis venas!...
¡Tal vez lleve algunos jirones del alma!

SENSITIVAS

Á JOSÉ L. FERNÁNDEZ

PRÓLOGO

El vaho de un aliento
que flota en la brisa,
dura más que vosotras, ¡oh, pobres
esperanzas mías!

Sois raudas y frágiles
como sensitivas,
que al más leve roce
sucumben marchitas!

Castillos de naipes
que un soplo los tira;
joyeles de espuma
que el viento disipa!...

¡Qué poco durásteis,
esperanzas mías!

I

Es una antigua costumbre
que guarda piadoso el pueblo,
la de poner una cruz
en donde descansa un muerto.
Con tu desdén enterraste
mis amores en tu pecho...
¡Y ni una cruz como ofrenda
sobre su sepulcro has puesto!

II

En vez de esos mausoleos
que la vanidad levanta,
una cruz y un sauce quiero
que sobre mi tumba haya...
Una cruz que simbolice
la que en el mundo llevara,
y un sauce que triste copie
con su ramaje, mis lágrimas!

III

¡Detén tu nave, marino,
y vuelve otra vez al puerto,
que hay mar de fondo, y se cubre
de nubes el firmamento!...
¡Para tu vuelo, cariño,
y torna al alma de nuevo,
que hay en la mujer que anhelas
aún más nubes que en el cielo...

IV

Lloras, lloras sin consuelo,
porque el invierno secó
con sus heladas, las flores
que adornaban tu balcón...
¡Y sin embargo te ríes
de aquel pobre corazón,
á quien la eterna nevada
de tu desdén, marchitó!

V

Grabé tu nombre en un árbol
en un vértigo de amor,
y lo grabé tan profundo
que hasta el árbol se secó.
Me toco al pecho, y no siento
latir á mi corazón...
¡Quién sabe si igual que al árbol
lo habrá secado tu amor!...

VI

Ella cuidaba las rosas
al llegar la Primavera.
Hoy, aunque Mayo ha llegado,
no hay ninguna rosa abierta...
Las manos que las cuidaban,
ahora pálidas y yertas,
cruzadas sobre su pecho,
se pudren bajo la tierra!

VII

Feliz aquel desdichado
que para ahogar su dolor,
aún tiene llanto en los ojos
y gemidos en la voz!...
¡Y triste del que camina
igual que camino yo,
con la sonrisa en los labios
y el llanto en el corazón!

VIII

Buscando albergue llamaron
tus amores á mi pecho,
y una voz les contestó:
— ¡Dejad en paz á los muertos!
— Dejad en paz á los muertos —
dijeron, y temblé yo
¡al ver que la voz salía
de mi propio corazón!

CANTARES

Á RICARDO J. CATARINEU